La dueña de los suburbios solitarios

Maria Fernanda Lynch González

Capítulo 1

Fuera del vitral

“El destino se comporta como un productor, busca el rating en nuestra vida y cuando una situación ya no logra ese cometido, contrata a un nuevo guionista”.

Llegó el día de la mudanza y con ella suprimo ese kilo de pesares que por años cargué en medio de los trastes de esta alcoba, la de los niños y mi vida. Una lista larga en detalles de pasivos que no sirven, ¡caramba! tanto tiempo sumergida entre recuerdos, luchando con la realidad, y pensando en un futuro que parecía desconocido e imposible.

La consciencia es estricta, toma un examen para evaluarme, quiere medir el nivel de aprendizaje de todo lo que he vivido. Y la respuesta es partir de mi zona de confort.

La vida sugiere empezar desde cero. ¡Cuánta tristeza se siente por toda la casa! Las paredes lucen opacas, la habitación que antes estaba llena de esplendor, ahora es un cajón pintado de gris a la que sin contemplación le digo adiós.

Un carro se estaciona afuera del portal, lo observo por la ventana, es el camión del trasteo; mediano de un rojo descolorido, pensé que era más grande. El primero en salir es el desgarbado de Don Ortiz y tras él; tres personas que lo acompañan, dos hombre y una mujer.

Bajo rápido por las escaleras para abrir el portón. Sus risas escandalosas se escuchan como el pregón de las fiestas patronales, grito“¡ya va!”, mientras jalo el seguro.

Ella es quien pasa primero; viste como un albañil, la siguen el tipo delgado de camiseta negra con un logotipo borroso de una marca de batería y el de contextura media que usa una gorra con el escudo de Superman.

Saludan con entusiasmo al contrario del sr. Ortiz, que francamente tiene un serio complejo de inspector de aduana. El último en entrar es él, tiene

las manos cruzadas por detrás. Echa un vistazo general a la casa:

—Buenas tardes, sra. Malena. —Extiende la mano para saludar.

—Buenas tardes, sr. Ortiz, le agradezco su puntualidad.

—Entonces, ¿qué llevará primero, corazón? Es para tener una idea clara de cuántos viajes se hará.

—Unos cuantos cartones; las camas, dos televisores, etc. Como puede ver no es mucho. Así que tenga cuidado cuando lo suba al camión en especial con los libros y las cosas frágiles, por favor.

—No sé preocupe, mis hombres son confiables. Todo se hará seguro y rápido. —Les truena sus dedos como muestra de velocidad.

—Bueno de ser así, es todo lo que está apilado en la esquina de la sala. Lo demás es de mi mamá que también se mudará hoy.

—Muy bien mi señora (sonríe) empezaremos por los colchones. —Con señas da ordenes a los ayudantes.

A todo esto me pregunto, ¿quién es esta mujer que los acompaña? No sé qué papel cumple solo estuvo por un rato en la casa y luego salió a custodiar el camión.

Llama mi atención la manera en que el señor Ortiz le toca con suavidad el hombro. Ese cruce de miradas que tienen tan discreto durante todo el embarque. Quizá la pretende y la trajo de compañía porque le tocó trabajar. ¡Qué sé yo!, Sin embargo, la dulzura en sus ojos me enterneció por completo.

Por otro lado, mamá finge no sentir pena por la mudanza. Lleva un buen rato metida en la habitación, se excusa en que el polvo le va mal.

He tocado la puerta algunas veces y solo responde con «avísame cuando ya te vayas», gnora lo que quiero decirle. Es raro sentir miedo por salir del vitral, en el cual viví y al mismo tiempo enfrentar lo que depara este nuevo comienzo.

Y está sensación de felicidad tan contradictoria por dar este paso.

El destino se comporta como un productor, busca el rating en nuestra vida y cuando una situación ya no logra ese cometido, contrata a un nuevo guionista para atormentar o solucionar el desmadre.

El señor Ortiz es bueno en lo que hace, por eso siempre lo busco. En un abrir y cerrar de ojos encaramó casi todas las cosas en el carro y mientras

lo hacía revisaba que nada se quedara por fuera.

Aún recuerdo el día que nos conocimos, por aquellos días dudé de utilizar de sus servicios, pero al final lo hice por las recomendaciones de una buena amiga.

Me mudaba a otra oficina y él lucía diferente,no como ahora desgarbado y con el peso del universo encima, definitivamente cada uno lleva consigo su propio vitral.

Aquel día fue tan ágil y competente como lo es esta tarde. En esa ocasión fue con su único hijo que ya era adulto (producto de una aventura con una señora mucho mayor, la conoció antes de terminar el último año de colegio) lo presentó muy orgulloso.

En esa época el hijo y un muchacho más se encargaban de las cosas pesadas y el señor Ortiz de las cosas ligeras.

Otra de las cualidades de nuestra amistad, es la franqueza. No entabla familiaridad con sus clientes, sin embargo conmigo fue diferente pues luego de esa ocasión, recuerdo lo mucho que lo recomendé con algunos conocidos, desde ahí se eso forjó todo.

—Antes de las 6 de la tarde estamos listos.

—Justo pensé en preguntarle lo mismo.

-Gracias al poco menaje nos iremos pronto, por cierto, no me ha dado la dirección exacta, solo el sector de dónde queda.

-¡Es cierto, lo olvidé!, mire en este papel está escrita la nueva dirección. Cuando ya este todo listo, avíseme.

Le sonrío y salgo en busca de mis hijos. La mudanza no se lleva bien con los chicos, ni con las mascotas pues guardar y empacar, los pone de mal humor.

Mi hija mayor se queja con el novio por el celular. El segundo no sé cuántas vueltas quiere darle al cierre de esa maleta que carga y las pequeñas en el patio despidiéndose hasta de la hormiga.

Tula (mi cachorra labradora) o como le dicen mis hijos «abububu» corre con un juguete viejo en el hocico, no sé si de felicidad o ansiedad. Topacio (la gatita) en cambio se esconde en la jaula transportadora. Los gatos son seres independientes, les importa un comino lo que sucede alrededor, excepto si se involucra su comida o seguridad, al menos la mía es pura

viveza.

Les pido a mis hijos ultimar los detalles, pronto saldríamos a la nueva casa. Sin darme cuenta había guardado en mi bolsillo el celular (olvidé quitarle el modo vibrador), un mensaje de Carmen la asistente del terapista que visito. Envió un mensaje por WhatsApp, pregunta si agenda la cita para el próximo jueves, quiere saber si ya me mudé de casa.

No hay urgencia en responder peor en mencionarle por enésima vez al licenciado Jiménez (el terapista) lo frustrante que es no conseguir quien publique mis textos.

Don Ortiz desde la sala me aturde con sus gritos, su voz es como eco insoportable.

—¡Todo está listo!

—Muy bien, espere unos minutos tengo algo que hacer.

Y eso era despedirme de mamá. Los chicos al escucharme corren hacía su abuela, los sigo de cerca.

Con la puerta entre abierta, observo como lloran desconsolados y entre ellos abrazarse con fuerza.

Ella es parte de nuestra historia y con la mudanza también se marchan los buenos y malos momentos que tuvimos. Les da su bendición, se da cuenta de mi presencia y exige que también la abrace:

—Al menos antes de irte deja que también te la dé. No todo lo que vivimos juntas fue malo. —Hace la señal de la cruz en la frente.

—No, no lo fue Má, pero necesitamos respirar sin la otra cerca. —se lo digo al oído durante el abrazo.

—Lo sé (suspira) no vi en qué momento te convertiste en una mujer. Todavía no comparto la decisión de irte, pero la respeto aunque suene irrelevante.

En el interior sé, que desde este momento, la vida cambiará para mí y los chicos. Este día lloramos y mucho, pero estas lágrimas son de limpieza, sanación y perdón.

—Tengo que irme, Má. No llores más, apenas me acomode en la nueva casa te llamo, no es un adiós, es un hasta más tarde, te amo.

—Ve tranquila hija no te preocupes, ya está en camino el servicio de

mudanza que tu padre contrató para nosotros.

Seco su llanto y le doy un beso. Le acaricio el cabello y salimos de la alcoba.

Afuera nos espera el camión rojo descolorido, Ortiz y sus ayudantes para ir a nuestro nuevo hogar.

Capítulo 2

Amaretto

Sin mamá en casa, mis hermanos y yo somos presas fáciles de la ira de papá. Los días sin ella, están llenos de mucho dolor y llanto. Enfrentarlo conlleva golpes e insultos.

Es 31 de diciembre de 1994, papá una vez más arremete en mi contra. De un puñetazo me parte la boca. Jala el cabello y arrastra por toda la sala. Pide a uno de mis hermanos, el látigo peludo que cuelga en la pared de la cocina. Soy una rosca humana tendida en el piso.

Mis tíos, Raúl y Meche, nos visitan y ni siquiera eso conmueve al hijo de puta. Sí, un hijo de puta que no conoce la piedad. La bestia que guarda, se descontrola cuando el licor entra en su organismo. Se siente invencible. No resiste que le recuerde tanto a mamá.

En este punto, no siento nada. Mis hermanos reprimen su llanto. Es lo mejor. El tío Raúl hace contacto visual con el troglodita. Canjea los golpes por otra de wisky.

—Flaco, ya le pegaste. Déjala no más.

—Es que esta hijaputa no entiende. Es una jachuda de mierda, Raúl.

—Mira, es fin de año, ¡celebremos! Traje una de Johnny azul y sabes que no me gusta desperdiciar —finge sonreír.

—Es tu hija, Carlos. No deberías tratarla así. Dios no permita le des un mal golpe y ¿qué harás?

—La lloro. Qué más queda. Mira, Meche, si tanto quieres a la puta de tu sobrina. Pues termina de criarla y ya me dirás.

Un silencio terminó la discusión. Con dificultad la tía Meche me lleva hasta el baño. No hay charla de consolación. Enjuago el rostro, como si el agua y el jabón, consiguiera sanar los golpes que me transfiguraron el alma… ¡Mierda, solo quiero paz!

En casa parece que nada hubiese ocurrido. La cuenta regresiva empezó. Los fuegos artificiales estremecen todo alrededor. Escapo. Soy un animal herido buscando refugio.

En los bajos de los bloques está Ericka, mi mejor amiga. Reunida en la mitad de la cancha de básquet. Junto a ella, los chicos y chicas de los

bloques tres y cuatro. Celebran con modern love de David Bowie. Hay mucha gente, todos se felicitan. Intento confundirme con los demás, pero es en vano. Se da cuenta. Hace señas para que no me mueva. A medida que se acerca, veo cómo cambia la expresión de su rostro, es inevitable.

—Lo hizo de nuevo ¿Por qué fue ahora? —coge su cabeza con enojo.

—Para él siempre hay motivos —recojo mis hombros y empiezo a caminar.

—¿A dónde crees que vas? ¿Eres loca? Te quedas aquí chucha. Los amigos también somos familia –Me lleva de la mano a la cancha.

Fernando, el chico que tanto me gusta. Disimula al verme. Según él, actúa con quemeimportismo, sin embargo, en sus ojos noto tristeza. Las hazañas de papá, no son un secreto para nadie.

—¡Feliz año, Claudia! —me abraza con fuerza.

Permanezco en silencio, hago una mueca. Me siento en el suelo. Ericka trae un vaso plástico con un líquido de color ámbar en él.

—Toma, es puro amaretto. Dicen que endulza cualquier herida.

—Gracias... Su sabor es dulce y un poco amargo. Es como esta noche.

—No te preocupes, Clau. Tenemos toda la madrugada para planear. ¡Cómo vengarnos del carita de verga de tu padre!